

neral Savary que procediese con toda consideración, atrayendo á Fernando hacia Bayona con la esperanza de que se decidiese en su favor el litigio; pero que si se obstinaba publicase resueltamente la protesta de Carlos IV, declarando que sólo él reinaba en España, y tratando á Fernando VII como hijo y súbdito rebelde. Debía preferir para todo los medios menos violentos. (1). Quiso Napoleón que su comisionado se trasladase inmediatamente á Madrid, para comunicar por fin á Murat un secreto que hasta entonces se le había ocultado, que él había descubierto á medias, y que era preciso revelar por medio de una persona de confianza capaz de dirigirle en aquella senda tortuosa en que cualquiera paso en falso podía ser sumamente funesto. El general Savary se puso desde luego en camino para ejecutar por completo y sin la menor reserva la voluntad de Napoleón.

Entretanto el animo de Napoleón experimentó de repente una de esas transformaciones que asombran al que no conoce á fondo la naturaleza humana, y que se califican superficialmente de inconsecuencias cuando ocurren en hombres de una superioridad menos reconocida que la del héroe cuya historia vamos trazando. Aunque un impulso funesto le precipitaba á la usurpación de la corona de España, no desconocía ninguno de los inconvenientes anejos á tan deplorable empresa. Presentía la improbación de la conciencia pública, la indignación de los españoles, su tenaz resistencia y el partido ventajoso que podía sacar la Inglaterra de aquella oposición; entreveía todos estos inconvenientes con su asombrosa perspicacia; y sin embargo, obcecado, no

(1) Niegan algunos que el general Savary recibiese este encargo, y que Napoleón se le confiase, y quieren que la deplorable escena ocurrida en Bayona fuese producto de la casualidad; que la familia real de España, esto es, el rey padre, la reina, el hijo, el hermano y los tíos, hubiesen ido todos á entregarse en manos de Napoleón como cediendo á una especie de impulso involuntario, y que al verlos éste reunidos bajo su poder no hubiera podido resistir á la tentación de apoderarse de ellos. No sabemos en verdad si con semejante explicación resultaría Napoleón más justificado que con la otra; pero de todas maneras, hay pruebas que no dejan lugar á dudas, y cuya fuerza nos obliga á ser en esto veraces como lo fuimos refiriendo el suceso del duque de Enghien, á pesar de nuestro deseo de no empañar la gloria de Napoleón, por la obligación terminante y suprema que tiene todo el que escribe la historia de contar los hechos tales como acacieron. Ya antes hemos referido la sucesión de las ideas de Napoleón con respecto á la invasión de España; cúmplenos ahora relatar con exactitud y según documentos irrefragables, esto es, según la correspondencia autógrafa existente en el Louvre, la sucesión de sus ideas acerca de la entrevista de Bayona. Según dicha correspondencia, no hay la menor duda de que el general Savary recibió el encargo que le atribuimos. No bien llegó, en efecto, escribió al emperador diciéndole: *He comunicado vuestras intenciones al príncipe Murat.* El príncipe Murat respondió al emperador: *Ya sé por fin vuestras intenciones, y ya irá todo á medida de vuestro deseo.* En seguida, va refiriendo Murat día por día todo lo que hizo para obligar á ir á Bayona, primero al hijo, y después al padre, á los hermanos y á todas las personas reales, haciendo siempre mérito de las intenciones de Napoleón, comunicadas por el general Savary y otros agentes enviados después de éste. Las cartas de Napoleón contienen además una aprobación de todos estos actos, primero con expresiones rebozadas, y después paladina y declarada hasta el punto de mandar al general Bessières que arreste á Fernando VII en caso de negarse á pasar á Bayona. Así, pues, la resolución de trasladar á Bayona la familia real de España es tan constante en Napoleón como en el general Savary el encargo de impulsarla.

(N. del A.)

con respecto á las dificultades, sino por lo tocante á su inmensa fuerza para superarlas, arrastrado por la pasión de fundar un nuevo orden en Europa, caminaba á su objeto, aunque asaltado de vez en cuando por la aparición súbita y pasajera de las más siniestras imágenes. Un incidente pues, mal entendido hasta hoy, originó en él súbitamente uno de esos cambios accidentales, y le inclinó por un momento á dictar órdenes enteramente contrarias á las que anteriormente había expedido: órdenes que algunos historiadores mal informados han alegado como prueba de que Napoleón no quería en el asunto de España lo que se había hecho, y de que la imprudente ambición de Murat le había comprometido á hacer atropelladamente lo que quizás no hubiera querido hacer ni despacio.

Entre los agentes de Napoleón que viajaban por España, había uno en quien tenía depositada con justicia su confianza: era su gentilhomme (*Chambellan*) Mr. de Tournón, hombre de imaginación fría, poco propenso á hacerse ilusiones, y leal hasta el punto de no decir nunca más que la verdad. Era uno de esos hombres á quienes se complacía Napoleón en confiar cualquiera misión, indiferente en la apariencia, como por ejemplo la de entregar una carta de parabién ó de pésame, porque observaba muchas cosas de camino, las estudiaba bien y las refería fielmente. En los últimos seis meses había hecho Mr. de Tournón muchos viajes á España para llevar á Carlos IV cartas de Napoleón, y había formado sobre la península y sobre todo lo que en ella iba á suceder un juicio cuya exactitud comprobaron harto bien por desgracia los acontecimientos. Había, por ejemplo, sabido discernir que la antigua corte tocaba al término de su prepotencia; que se preparaba una corte nueva, adorada ya de los españoles; que convenía granjearse valiéndose de su necesidad de ser protegida por la Francia, guardándose de arrebatar la corona de España por la fuerza ó con la astucia, porque la resistencia de aquel pueblo fanático sería desesperada, y las ventajas que pudiera reportar semejante conquista no compensarían los trabajos que habría de costar llevarla á cabo. Comprendió Mr. de Tournón todo esto perfectamente, y no temió decirlo en sus repetidos viajes, delante de Murat y de sus oficiales, que soñaban todos con mil caballerescas empresas, despreciando altamente al populacho español, é imaginándose que era imposible que éste nos hiciese frente cuando los mejores soldados de Europa habían tenido que acatarnos. Después de haber presenciado durante su última estada en Madrid los preludios de la revolución de Aranjuez y el entusiasmo del pueblo hacia el joven monarca, se convenció Mr. de Tournón de que sería una gran locura querer apoderarse de la España, bien por medios indirectos, ó bien por medios declarados, y que era muy preferible hacer de Fernando VII un aliado, que sería más sumiso aún que Carlos IV, porque no tendría á su lado al príncipe de la Paz y á la reina madre para turbar la armonía con sus rencores y caprichos. Mandó Napoleón á Mr. de Tournón que estuviese para el 15 de marzo en Burgos, proponiéndose llegar allí en persona hacia la misma fecha, y deseoso de saber los por menores de todo lo acaecido de boca de un hombre que le merecía plena confianza. Atravesó pues Mr. de Tournón para ir á Burgos el cuartel general de Murat,

sin ocultar á éste ni á sus oficiales el terror que le inspiraba la empresa que se había acometido: fué objeto de sus burlas (Murat particularmente no se las escasó), y llegó á Burgos el día 15 como se le tenía mandado. Desde Burgos escribió á Napoleón suplicándole humildemente, pero con el ahinco propio de un hombre de bien, que no tomase una resolución definitiva antes de ver la España por sus propios ojos, y sobre todo que no se decidiese por lo que le contasen algunos militares valientes, pero aturdidos, que no soñaban sino en batallas y coronas; pues habían de sufrirse en España muy crueles desengaños y quizá tremendos infortunios. Esperó en Burgos hasta el día 24, y viendo que no iba Napoleón, salió para París, adonde no pudo llegar hasta el día 29, dándose toda la prisa posible, por el mal estado de los caminos y de las paradas, estropeados á la sazón por el mucho tránsito.

No habiendo escrito Murat en los días 22 y 23 por haberle tenido absorto su entrada en Madrid, careció Napoleón de noticias el 28 y el 29. Estuvo con mucha zozobra por lo que pudiera haber ocurrido en España, y en aquel estado de inquietud tuvo un momento de ver todas las cosas por el lado menos favorable. La llegada imprevista de un testigo ocular, prudente y bien informado, que contradecía lleno de convicción y de desinterés los informes interesados de los militares, produjo en Napoleón un cambio de resolución subitáneo, mas por desgracia pasajero, puesto que apenas duró veinticuatro horas. Participó Napoleón de todos los recelos de Mr. de Tournón sobre la entrada de los franceses en Madrid en el momento de estarse verificando una revolución política, para entrometerse quizás con su petulancia peculiar en las facciones que dividían á España, y trabar un choque con los españoles que le empeñase en inmensas dificultades, tal vez en una guerra de exterminio contra aquel pueblo feroz, idólatra de su independencia.

En su consecuencia, escribió acto continuo á Murat diciéndole que Mr. de Tournón iba á regresar llevándole nuevas órdenes; que marchaba con demasiada rapidez y se apresuraba demasiado á presentarse en Madrid (es de advertir que lejos de apresurarse había retrasado Murat la época que Napoleón le tenía designada para entrar en la capital); que no sólo marchaba muy de prisa con su cuerpo de ejército sobre Madrid, sino que también había llamado demasiado pronto al general Dupont al otro lado del Guadarrama; que al saber el retroceso de las tropas españolas del general Taranco hacia Castilla la Vieja, no debía haber dejado desguarnecidas á Segovia y Valladolid; que era preciso abstenerse de chocar con los españoles y de tomar parte en sus escisiones, porque cualquiera guerra de esa especie sería funesta; que era un error creer que los españoles eran poco temibles porque estuviesen desarmados, pues además de su natural fiereza, debían tener toda la energía propia de un pueblo joven y no consumido por las pasiones políticas; que el ejército, aunque apenas llegase á cien mil hombres y fuese impotente contra la más floja tropa francesa, se disolvería para ir á servir en cada provincia de núcleo de una insurrección eterna; que los curas, los frailes y los nobles, conociendo que los franceses no podían ir allí sino para reformat el caduco estado social de España, se valdrían de todo

su influjo para soliviantar contra ellos á un pueblo fanático; que no dejaría la Inglaterra de aprovechar aquella ocasión para suscitarnos nuevos embarazos y oponernos inmensas dificultades; que por lo tanto convenía apresurarse y observar entre padre é hijo la mayor reserva; que por lo tocante al padre no era posible que reinase más tiempo, porque el gobierno de la reina y del favorito había llegado á ser odioso á los españoles; que, por lo tocante al hijo, era en rigor enemigo de la Francia, puesto que participaba en sumo grado de todas las preveniciones del país, y que la aversión que se le suponía hacia la política de su padre (política de concesiones á la Francia) era en parte causa de la popularidad de que gozaba; que la experiencia había demostrado de cuán poco servían los casamientos para cambiar la política de los príncipes; que por lo tanto Fernando sería antes de mucho enemigo declarado de los franceses; que sin embargo no convenía romper con él, porque aunque fuese un hombre adocenado *harían de él un héroe* para armarle contra nosotros; que no convenía apresurarse á elegir entre la imposibilidad de que siguiese reinando el padre y el peligro de confiar en el hijo, ni menos dejar entrever el partido que había de adoptarse: cosa muy sencilla, puesto que él mismo *aún no lo sabía*; que era preciso pintar como simple un arbitraje amistoso y desinteresado, y no comprometerse á lo de la entrevista con Fernando VII sino cuando la Francia se viese decididamente obligada á reconocerle; que la prudencia en suma aconsejaba no precipitar las cosas y no exponerse; que el príncipe Murat particularmente debía abstenerse de toda sugestión de interés personal; que Napoleón se acordaría de él, con tal de que él se olvidase de sí mismo; que la corona de Portugal estaría siempre á su disposición como recompensa de los servicios prestados por el más fiel de sus lugartenientes, que agregaba á todos sus méritos la cualidad de esposo de su hermana.

Estos prudentes consejos iba á dirigir Napoleón á su lugarteniente, por influjo y mediación de Mr. de Tournón, cuando, después de un silencio de dos días, recibió las cartas de Murat fechadas el día 24, contando éste su pacífica entrada en Madrid, la excelente acogida que se le había hecho, la propensión de los reyes padres á entregarse en sus manos, su premura por protestar contra la abdicación del día 19, y por último la facilidad de dejar vacante el trono negándose á reconocer á Fernando VII, y poniendo de este modo á la nación en la alternativa de declararse ó por un rey que había abdicado, ó por otro aún no reconocido. Viendo pues Napoleón otra vez abiertos los caminos que momentáneamente creyó cerrados, volvió al proyecto que á él y á Murat les había sugerido la revolución de Aranjuez, y confirmó las órdenes de que, un poco antes de la llegada de Mr. de Tournón, había hecho á Savary depositario y ejecutor. En su consecuencia escribió á Murat otra nueva carta, con fecha del 30, diciéndole que aprobaba toda su conducta; que había hecho perfectamente en entrar en Madrid; que sin embargo convenía seguir evitando todo choque, estorbar que se hiciese el menor daño al príncipe de la Paz, para lo cual, si se podía, se le enviase á Bayona; proteger con eficacia á los reyes padres, haciéndoles pasar de Aranjuez al Escorial, donde estarían al amparo del ejército francés; abstenerse de reconocer á Fernando y esperar por fin la llegada de la



corte de Francia á Bayona, que se iba á verificar inmediatamente. Despachó en seguida á Mr. de Tournón sin entregarle la carta previsora cuyo análisis acabamos de consignar (1), pero sin ocultarle tampoco ni la desaprobación pasajera que de él había merecido la conducta de Murat, ni las zozobras que á veces le inspiraban las consecuencias que los asuntos de España podían producir.

Despachóle sin cartas, dándole el encargo de que siguiese observándolo todo y de disponer en Madrid su alojamiento. Púsose Napoleón también en camino el día 2 de abril con dirección á Burdeos, donde proyectaba pasar unos cuantos días para recibir más cartas de Murat, y dar tiempo á todos los que de grado ó por fuerza habían de trasladarse á Bayona. Dejó en París á Mr. de Talleyrand para que ocupase y entretuviese á los representantes de la diplomacia europea, á quienes convendría tranquilizar ó reprimir á medida que se fuesen recibiendo noticias de Madrid. Exigió así más que otro alguno Mr. de Tolstoy. Llevóse Napoleón consigo al fiel y dócil Mr. de Champagny, de quien no tenía que temer mucha oposición, y era tal su deseo de acercarse al teatro de los acontecimientos que dejó atrás á su misma servidumbre. Juzgando que tendría que detenerse mucho tiempo en la frontera de España y recibir allí á muchos príncipes y princesas, encargó á la emperatriz que fuera á reunirse con él de allí á pocos días. Llegó á Burdeos el 4 de abril, muy ansioso de saber noticias de Murat.

Pero los sucesos de Madrid, momentáneamente contenidos por esperar Murat órdenes de París, y Fernando VII á sus dos principales consejeros el canónigo Escoiquiz y el duque del Infantado, siguieron en breve su curso. Aunque su natural osadía le hacía á Murat arriesgarlo todo, no obstante inspirábase á veces cierta inquietud su propia conducta, y examinaba entonces si había interpretado bien ó mal las instrucciones del emperador. Le animó mucho la carta que recibió del día 30, y á pesar de la momentánea censura que divulgó por Madrid Mr. de Tournón, perseveró con mayor celo y astucia en el plan, tan poco digno de su lealtad, que había inventado al mismo tiempo que su soberano.

El general Savary acababa de presentarse como portador de las secretas intenciones de Napoleón, que en tan triste armonía se hallaban con las de Murat, y no había que titubear sobre la conducta que se había de seguir. Así, pues, no reconocer á Fernando VII, inducirle á salir al encuentro del emperador, y valerse, si se resistía, de la protesta de Carlos IV para declarar á éste único rey de España, y á Fernando VII hijo rebelde y usurpador; rescatar al príncipe de la Paz de manos de sus verdugos, así por humanidad como por cálculo, porque podía servir en aquellas circunstancias de útil instrumento, le parecía á Murat lo mejor por ser lo que

(1) La carta que aquí analizamos será textualmente trasladada, y discutida por lo tocante á su autenticidad, en una nota aparte que hemos creído deber estampar al fin del tomo para no interrumpir la narración. En dicha nota discutimos los principales puntos del asunto de España, y procuramos establecer los fundamentos en que basan nuestros asertos históricos. La carta de que se trata merecía por su importancia una mención especial, y creemos haber probado y explicado su existencia, que en un principio juzgábamos dudosa.

indicaban los acontecimientos y al mismo tiempo lo que mandaba Napoleón, pues estaba ya en camino hacia Bayona. Pusiéronse de acuerdo Murat y Savary para conducir á buen puerto aquella delicada empresa. Tenían á su disposición un auxiliar muy cómodo, que era Mr. de Beauharnais, tanto más cómodo por cuanto estaba convencido, en su ciega confianza, de que lo mejor que podía hacer Fernando VII era correr al encuentro de Napoleón para arrojarse á sus brazos ó á sus pies, y obtener el reconocimiento de su nueva potestad, la confirmación de lo ocurrido en Aranjuez y la mano de una princesa de Francia. Todos los días aconsejaba Mr. de Beauharnais á Fernando esta conducta, y éste, que tenía suma impaciencia de lograr de Napoleón el permiso de reinar, aunque no se atrevía aún á decidirse en ausencia de sus favoritos, prometiáale hacer cuanto le aconsejaba así que tuviese en Madrid á los dos hombres que poseían toda su confianza. Había separado ya de su gabinete á los personajes que pasaban como más adictos al príncipe de la Paz, ó que menos simpatías le merecían; llamado á la administración de la Guerra á D. Gonzalo Ofaril, que era un honrado militar, encargado años atrás del mando de las tropas españolas en Toscana; á la administración de la Hacienda á un antiguo ministro muy respetado, llamado D. Miguel José de Azanza; y á la administración de la Justicia á D. Sebastián Piñuela, empleado muy bienquisto en este mismo ramo. Separó á Caballero, que era el único que había contrastado al príncipe de la Paz en aquellos últimos días, aunque se le imputaba en la causa del Escorial un papel poco favorable á los acusados, y conservó en el ministerio de Estado á D. Pedro Ceballos, el servidor humilde del príncipe de la Paz en todas ocasiones, sobre todo en la célebre cuestión del viaje á Andalucía, y que se vendía ahora por el hombre más fiel á la nueva corte, reuniendo á los ojos de ésta el inestimable mérito de detestar á los franceses, á quienes no obstante estaba dispuesto á servir caso de que triunfasen.

Por último, habiendo llegado á Madrid el duque del Infantado, le hizo Fernando VII, como apuntamos arriba, gobernador del Consejo de Castilla y comandante de guardias de su persona. Tuvo también la satisfacción de abrazar á su preceptor, á quien indignamente había vendido en la causa del Escorial, aunque le amaba por costumbre, y á quien solía franquear su corazón, habitualmente cerrado á todo el mundo. Quiso colmarle de honores y hacerle inquisidor general; pero el canónigo lo rehusó con fingido desinterés, imitando al cardenal de Fleury, diciendo que sólo deseaba ser preceptor de su augusto discípulo, y aspirando con este título nada menos que á gobernar España y las Indias. Aceptó solamente el título de consejero de Estado y la gran cruz de Carlos III, como para proporcionar á su rey el gusto de darle algo. Con estos varios personajes, aunque consultando principalmente con su consejo íntimo, de donde salían las decisiones más importantes, iba pues á resolver Fernando VII las grandes cuestiones de que pendía su suerte y la de la monarquía.

Las cuestiones que tenía que resolver Fernando se resumían en una sola, á saber: si debería salir al encuentro de Napoleón para granjearse su benevolencia, y conseguir el reconocimiento de su nuevo título y la mano de una princesa de Francia; ó si sería mejor que

esperase con noble entereza en Madrid, escudado con la lealtad y entusiasmo de su pueblo, hasta ver qué osaban intentar los franceses contra la dinastía. Ya antes de resolver esta cuestión se habían dado repetidas veces cerca de Napoleón los pasos más obsequiosos. No se había considerado bastante mandar á recibirle tres grandes personajes de la corte, cuales eran el conde de Fernán-Núñez, el duque de Medinaceli y el duque de Frías; enviósele también el infante don Carlos, encargándole que sin limitarse á esperarle en Burgos, Vitoria ó Irún, fuese si era preciso hasta Bayona. Después de estas señales de respeto, sólo faltaba saber qué concesiones se harían para asegurarse su protección, en caso de que quisiera declararse árbitro entre el padre y el hijo. Empleáronse varios días en deliberar sobre este delicado punto.

Hubiera sido preciso en primer lugar saber qué proyectos tenía Napoleón sobre España al reunir á los treinta mil hombres enviados á Lisboa, otro ejército que se suponía no bajaba de ochenta mil, y cuya marcha para Bayona y Perpiñán, Castilla y Cataluña, indicaba un objeto diverso del Portugal. Los consejeros de Fernando, así los que nuevamente había introducido en el gabinete como los que formaban parte de él desde la época del príncipe de la Paz, ignoraban completamente el secreto de las relaciones diplomáticas con la Francia. El ministro de Estado, Ceballos, no había sido iniciado en ninguna de las negociaciones seguidas en París por Izquierdo. Sólo el príncipe de la Paz y la reina las sabían, y el rey Carlos IV sólo tenía noticia de lo que éstos querían que supiese. Por otra parte, como aseguraba el sagaz Izquierdo, estas mismas negociaciones quizá no eran más que un disfraz para ocultar con simuladas contestaciones los secretos designios de Napoleón.

Por lo tanto los consejeros de Fernando no sabían nada de lo que sabía el príncipe de la Paz, y éste sólo tenía conocimiento de lo que Izquierdo se maliciaba, más bien de lo que había averiguado de una manera positiva. Mientras se deliberaba llegó á Madrid un despacho de Izquierdo dirigido al príncipe de la Paz y escrito en París con fecha del 24 de marzo, antes que allí se supiera la insurrección de Aranjuez. En este despacho refería Izquierdo los pormenores de la simulada negociación que mediaba entre los gabinetes de París y Madrid, y de los cuales resultaba que Napoleón parecía exigir un tratado perpetuo de alianza entre los dos Estados, la apertura de las colonias españolas á los franceses, y por último, como para ahorrarse los inconvenientes del paso de las tropas destinadas á la custodia del Portugal, el cambio de este reino por las provincias del Ebro situadas al pie de los Pirineos, como Navarra, Aragón y Cataluña. Con estas condiciones, escribía Izquierdo, daría el emperador Napoleón al rey de España el título de emperador de América, reconocería á Fernando VII como presunto heredero de la corona de España y le daría en matrimonio una princesa de Francia. Decía que se había opuesto enérgicamente á tales condiciones, y en particular á la de la entrega de las provincias del Ebro, pero inútilmente. No añadía, porque ya lo había dicho de viva voz durante su corta permanencia en Madrid, que Napoleón se proponía alguna otra cosa y aspiraba á apoderarse de la misma corona. Por lo demás, el contenido de aquel escrito no podía

ser más exacto, pues también Mr. de Talleyrand por su lado escribió á Napoleón un informe igual, ofreciéndole que si lo deseaba concluiría con dichas condiciones el tratado.

Los consejeros de Fernando, al recibir el despacho de Izquierdo, que no iba dirigido á ellos, en su ignorancia de los negocios y de los hombres se creyeron completamente iniciados en el secreto de la política de Napoleón. Supusieron de buena fe que entre los dos gobiernos de Francia y España no mediaba más que la cuestión de que hacía mérito el informe de Izquierdo, y que Napoleón no trataba en manera alguna de apoderarse de la corona de España. He aquí cómo discurrían. En primer lugar, como buenos españoles, no podían pasar por la idea de que Napoleón se atreviera á arrostrar el poderío de la España hasta el punto de querer usurpar la corona; y menos podían admitir que lo desease, porque á pesar de haber triunfado en Austerlitz y en Jena, no había tratado de quitar á los soberanos de Austria y Prusia sus tronos. Sólo había destronado á los Borbones de Nápoles, que se habían hecho acreedores á tan severo trato por una imperdonable traición. Pero la corte de España en nada había merecido aquella suerte, puesto que, por el contrario, había prodigado todos sus recursos en servicio de la Francia. De modo que, según los consejeros de Fernando, no se trataba más que de saber si deberían cambiarse por el Portugal ciertas y determinadas provincias; si se franquearían las colonias españolas á los franceses, y se consentiría una alianza que existía ya de hecho y de derecho y que, en resumidas cuentas, interesaba de veras á los dos países. El único punto delicado era el sacrificio de las provincias del Ebro, sacrificio que difícilmente se obtendría de la nación y que podría perjudicar mucho á la popularidad del nuevo soberano. Pero aun sobre este punto no se expresaba Izquierdo de una manera absoluta, pues parecía que el gabinete francés deseaba aquellas provincias como en cambio de una ruta militar hasta Portugal á que tenía derecho: de modo que si se prefería soportar la servidumbre de la expresada ruta, no habría necesidad de abandonar las provincias propuestas, bastando con soportar un paso de tropas, incómodo aunque poco duradero, porque así que Napoleón tuviese una nueva guerra en el Norte (lo que no podía menos de suceder) se vería precisado á evacuar el Portugal, y la España quedaría libre de la presencia de sus tropas.

Esta interpretación se daba al despacho de Izquierdo. Los consejeros de Fernando creían que lo peor que podía resultar de una negociación directa con Napoleón era tener que hacer algunas concesiones con respecto á las colonias, á la nueva estipulación de una alianza que nunca había dejado de existir, y á la servidumbre de una ruta militar hacia Portugal; pero en cambio se conseguiría de seguro el reconocimiento del título del nuevo rey. Esta última consideración era la que ejercía más influencia en el ánimo de aquellos consejeros ignorantes y de su ignorante soberano, y la que bastaba para que todos los demás enmudeciesen. Aunque no se les hubiera ocurrido que pudiera negarse el reconocimiento de Fernando VII, sin embargo había ciertos síntomas que les alarmaban algún tanto. Los miramientos de que usaba Murat con los reyes padres, su eficacia en prote-



gerlos con un destacamento de caballería francesa, la declaración de que no se toleraría ningún acto de rigor contra el príncipe de la Paz, algunas proposiciones repetidas en Aranjuez, donde los monarcas destronados se consolaban jactándose de la protección de su poderoso amigo Napoleón; todos estos indicios hacían temer á Fernando y á su reducida corte algún cambio repentino en favor de Carlos IV, producido por la intervención de la Francia. Aunque Mr. de Beauharnais lisonjaba sus esperanzas con la benevolencia de Napoleón, á pesar de que no se le llegó á prometer formalmente, lo único que de este embajador sacaban hacia varios días eran frases vagas, y el mismo consejo tantas veces repetido de ir á entregarse en brazos de Napoleón, para granjearse un aprecio que sin duda no existía aún, cuando había que ir á buscarlo tan lejos. Murat, que sabía por un conducto mucho más directo lo que meditaba el emperador de los franceses, les inspiraba mucha menos seguridad. Inclínabase sólo á favorecer á los reyes padres, y no concedía al joven monarca más título que el de príncipe de Asturias. Según otras relaciones, procedentes también de Aranjuez, temíase que los reyes padres se decidiesen á ir en busca de Napoleón para referirle la revolución de Aranjuez á su manera, sorprender su juicio y alcanzar la reparación de sus quejas. Temíase que pudiera de este modo recuperar Carlos IV el poder, y por consiguiente la reina, ya que no el mismo príncipe de la Paz, y que volbiesen, Fernando á su triste situación de hijo oprimido, y el duque del Infantado y el canónigo Escoiquiz á sus encierros, vengándose la rencorosa madre en unos y en otros de aquellos pocos días de abyección, y sobre todo de la caída del favorito, de que nunca podría consolarse.

Esta razón más que otra alguna, y aún más que la ignorancia de los negocios y de las sugerencias de los extraños, fué la que decidió á Fernando VII y á sus ineptos consejeros á ir todos al encuentro de Napoleón. Ni siquiera se les ocurrió el peligro de comprometer con una negociación imprudente provincias enteras y privilegios coloniales, ó cualquier otro interés capital de la monarquía española; tan absortos los tenía el temor de que Carlos IV fuese en persona á defenderse y á ganar tal vez su causa con Napoleón. Hubieran preferido mil veces ver á Napoleón reinan en España, á ver á la reina recordando la autoridad real: y esta pasión, de que también participaban á su vez los reyes, fué la que desgraciadamente para la España y para la Francia, hizo caer el cetro de Felipe V en manos de la familia de Bonaparte.

No bien se apoderó este temor de la nueva corte, quedó decidido el viaje en busca de Napoleón, y las deliberaciones que sobre esta resolución se suscitaban quedaron reducidas á aquellas vacilaciones propias de corazones débiles que ni siquiera aciertan á querer con decisión lo mismo que desean. Para poner fin á todas las dudas, no economizaron esfuerzos ni Murat ni el general Savary: el primero se valía todos los días de Mr. de Beauharnais para confirmar á Fernando en la resolución de hacer el viaje, repitiendo al malhadado embajador que aquel era el único modo de reparar el error que había cometido estorbando el viaje á Andalucía. Habló también Murat con el canónigo; éste, que se creía muy astuto, sobre todo comparándose con un soldado que había pasado su vida en el campo de

batalla, se había jactado de penetrar fácilmente el secreto de la corte de Francia con sólo conferenciar algunos instantes con el que la representaba á la cabeza del ejército francés. Verificóse la conferencia, y Murat se abstuvo en ella de prometer anticipadamente el reconocimiento de Fernando VII; pero declaró repetidas veces que las intenciones de Napoleón no podían ser más amistosas, que no pensaba en manera alguna mezclarse en los negocios interiores de España, que era pura casualidad el haberse hallado sus tropas á las puertas de Madrid mientras ocurría la última revolución; pero que, como la Europa podía hacerle responsable de este suceso, estaba obligado á asegurarse, antes de reconocer al nuevo rey, de que todo en Aranjuez había ocurrido legítima y naturalmente; que nadie mejor que Fernando VII podría convencerle sobre ese punto, y que la presencia de este príncipe, y sus explicaciones, no podrían menos de producir en el ánimo de Napoleón un efecto decisivo. Así engañó Murat al pobre canónigo que se había jactado de sonsacarle, y que se retiró convencido de que el viaje había de producir infaliblemente el reconocimiento del príncipe de Asturias como rey de España.

Sabiase que el general Savary había llegado á Madrid, y aunque su posición fuese muy inferior á la de Murat, se le consideraba como más iniciado en los verdaderos proyectos de Napoleón. Todos, pues, deseaban mucho hablarle; hicieronlo personalmente el canónigo Escoiquiz y el duque del Infantado, con propósito de presentarle luego á Fernando, y después de haber oído de su boca palabras más explícitas todavía que las que había pronunciado Murat, por no tener que guardar la misma reserva, le llevaron á la presencia del príncipe de Asturias. Interrogó éste al general sobre la utilidad del viaje que le aconsejaban hacer, y sobre las consecuencias de una entrevista con Napoleón. No se trataba todavía de ir á Bayona, sino sólo á Burgos ó á Vitoria, porque se decía que el emperador iba á llegar de un día á otro, y solamente se trataba de tributarle homenaje, de adelantarse á los reyes padres, y de ser los primeros en hablarle para explicarle de una manera satisfactoria y convincente la extraña revolución de Aranjuez. Poco trabajo le costó al general Savary el envolver á unos hombres que ya se engañaban á sí mismos, sin empeñar la palabra del emperador, cuyas intenciones sobre los acontecimientos, desconocidos en París cuando él había salido de allí, decía que ignoraba. Afectando hablar sólo de su cuenta y riesgo, aseguró que así que Napoleón viese al príncipe español, oyese de su boca la relación de los últimos sucesos, y adquiriese sobre todo la convicción de que la Francia había de tener en él un fiel aliado, le reconocería sin titubear por rey de España. Sucedió con aquella conferencia lo que con todas las de igual especie: el general Savary creyó no haber prometido cosa alguna, á pesar de haber dado muchas esperanzas, y Fernando VII creyó que se le prometía todo lo que se le hacía esperar. No bien salió el general del cuarto del príncipe, quedó definitivamente acordada la medida, ya antes resuelta, de salir al encuentro de Napoleón; pero poco faltó para que quedase frustrado el plan que acababan de asegurar Murat y Savary.

Había mandado Napoleón que se rescatase al prin-

cipe de la Paz del furor de los que pedían su muerte, para que no se cometiese un crimen en presencia y casi bajo la responsabilidad del ejército francés, y también para tener en sus manos un instrumento con el que se proponía manejar á los reyes padres. Por otra parte la reina madre, auxiliada por la imbécil bondad de Carlos IV, pedía como gran merced, más preciosa á sus ojos que el trono y que la misma vida, que se salvase al que seguía llamando su querido Manuel, su mejor y único amigo, á quien suponía víctima de su excesivo afecto á los franceses. De modo que no sólo era un acto de humanidad salvar al favorito, sino también el medio más seguro para colmar de gratitud y júbilo á la corte caída, y hacer de ella lo que se quisiera. Pidió, pues, Murat con toda la arrogancia propia del que tiene fuerza, que se le entregase el príncipe de la Paz, que, primeramente detenido en el lugar de Pinto, había sido trasladado después á Villaviciosa, especie de alcázar donde estaba más á recaudo. Teníanle allí con una escolta de guardias, resueltos á matarle antes que hacer su entrega. Después de haberle cargado de cadenas, se le había empezado á instruir la causa con encarnizamiento brutal, inspirado á un mismo tiempo por el rencor y por el deseo de deshonrar á los reyes ancianos, y de ponerse á cubierto con la muerte del antiguo valido contra cualquier mudanza de la fortuna. Prestábanse Fernando VII y sus consejeros á tales indignidades, en su propio interés y en el del vil populacho á quien querían lisonjear.

Declaróles Murat que si no le entregaban el príncipe, haría que sus dragones emprendiesen á sablazos con los guardias de corps que le custodiaban, resolviendo la cuestión á viva fuerza. Digamos en honor de aquel valiente, que esta amenaza le fué á la sazón inspirada, más que por el cálculo, por una indignación noble y generosa. Cuanto más insistía, más se confirmaban los parciales de Fernando, incapaces de comprender un sentimiento generoso, en la idea de que su proyecto era favorecer al príncipe de la Paz contra Fernando VII; y asegurase que hubo entre los más influyentes de la nueva corte quien en algunos momentos concibió la idea de asesinar al prisionero.

El general Savary, más sagaz que Murat, advirtió que el calor que se empleaba en reclamar la persona del príncipe de la Paz excitaba cierta desconfianza perjudicial para el objeto principal, que era el viaje de Fernando VII; y tomó á su cargo el renunciar momentáneamente á la extradición del príncipe, alegando que éste asunto podría, como todos los otros, arreglarse ulteriormente en la conferencia que iba á tener lugar entre el nuevo rey de España y el emperador de los franceses.

Hecha esta concesión, se resolvió que emprendiese el viaje Fernando. Quiso este príncipe pasar primero á Aranjuez á visitar á su padre, á quien tenía completamente adandonado desde el día 19 de marzo (corría ya el 7 ó el 8 de abril), sin haberse dignado visitarle una sola vez. Deseaba conseguir de él una carta para Napoleón, con objeto de comprometer en cierto modo al anciano rey con una muestra de benevolencia en favor suyo. Pero Carlos IV recibió muy mal á aquel hijo ingrato; la reina le recibió peor todavía, y le fué negado todo lo que pudiera servirle para sincerarse sobre los acontecimientos de Aranjuez.

Aunque algo desalentado por esta negativa, hizo sus preparativos para ponerse en camino el día 10 de abril. Dejó en su lugar una regencia compuesta de su tío el infante don Antonio, el ministro de la Guerra Ofarril, el ministro de Hacienda Azanza, y el de Gracia y Justicia don Sebastián Piñuela, con encargo de que expidieran en su ausencia todas las órdenes urgentes, esperasen su vuelta para lo que no reclamase una resolución inmediata, y se pusiesen siempre de acuerdo con el Consejo de Castilla. Llevaba consigo Fernando sus dos confidentes íntimos Infantado y Escoiquiz, el ministro Ceballos, y los dos negociadores experimentados Muzquiz y Labrador. Acompañábanle además el duque de San Carlos y varios personajes de su nueva corte. Ceballos llevaba el encargo de seguir la correspondencia con la regencia que quedaba en Madrid.

Sin embargo, costó mucho trabajo hacer que el pueblo de Madrid se conformase con aquella resolución. Unos, por un orgullo puramente español, decían que bastaba con haber enviado ya al encuentro de Napoleón al infante don Carlos, hermano del rey, y creían de buena fe que el soberano de la degenerada España valía tanto por lo menos como el emperador de los franceses, vencedor del continente y dominador de Europa. Otros, y eran los más, empezaban á maliciar el motivo de aquella irrupción francesa, é interpretando de un modo siniestro la negativa de reconocer á Fernando VII, consideraban como una necedad insigne el irse á ofrecer á Napoleón, entregándose voluntariamente en sus manos. Estaban muy distantes de suponer que pudiera llevarse la ineptia hasta el punto de internarse en el territorio francés y llegar hasta Bayona; pero juzgaban que cuanto más se acercase Fernando al Pirineo, más al alcance se ponía de Napoleón y de sus ejércitos. La noticia de este viaje produjo en Madrid una sensación inexplicable, y seguramente se hubiera amotinado el pueblo á no tranquilizar los ánimos una proclama en que decía Fernando VII, que Napoleón iba á ir á Madrid en persona para estrechar los lazos de una nueva alianza y consolidar la felicidad de los españoles, y que no podía evitarse el salir á recibir á un huésped tan ilustre y tan grande como el vencedor de Austerlitz y de Friedland.

Esta proclama apaciguó la conmoción, aunque sin disipar del todo las sospechas que á la nación había inspirado su buen sentido. Empezó su viaje Fernando el 10 de abril entre un inmenso gentío que le saludaba con doloroso interés, y protestando de su eterna adhesión á su real persona. Sin embargo, había una parte de la población en cuyos semblantes podía leerse cierta desdeñosa compasión hacia la necia credulidad del joven monarca.

Estaba convenido con Murat, que el general Savary, por temor de que pudieran cambiar de idea Fernando y los de su comitiva, los acompañaría en el viaje, para irlos llevando de Burgos á Vitoria y de Vitoria á Bayona, donde era de presumir que se detuviese el emperador. Convínose también en que se aplazase la medida de poner en libertad al príncipe de la Paz, hasta que Fernando VII hubiese pasado la frontera, dejando hasta entonces de insistir en este paso y en cualquier otro que pudiera servirle para sincerarse sobre los acontecimientos de Aranjuez.

Por medio de los generales Savary y Reille, enviados